vinetur

¿Puede Irlanda consolidarse como nuevo país productor de vino en Europa?

La mayor plantación del país convive con una producción mínima y el debate sobre el origen de las uvas

miércoles 19 de agosto de 2026



La República de Irlanda tiene una imagen ligada a la cerveza negra y al whisky, pero también figura oficialmente como país productor de vino ante la Comisión Europea. El mapa del viñedo irlandés sigue siendo reducido, con un puñado de explotaciones comerciales y otros productores de menor tamaño, aunque la superficie plantada va a más y empiezan a aparecer proyectos de otra escala.

Uno de los casos más visibles está cerca de Slane, en el condado de Meath. Allí se ha puesto en marcha una nueva bodega con unas 36.000 cepas en 30 hectáreas, una plantación que en el sector se considera la mayor realizada hasta ahora en Irlanda. Ese dato da una idea del punto en el que está el país: todavía muy lejos de las regiones vitivinícolas europeas consolidadas, pero con iniciativas que buscan asentarse a medio plazo.

Entre los pioneros del vino irlandés está David Llewellyn, que empezó a finales de la década de 1980 con “unas pocas docenas de variedades” para comprobar cuáles podían funcionar. En 2002 fundó el viñedo Lusca, en el condado de Dublín, y en la actualidad produce entre 1.500 y 2.000 botellas al año. A su juicio, para muchos consumidores el vino irlandés sigue siendo “una curiosidad” y “una novedad”.

Llewellyn sitúa dos uvas como las más fiables para las condiciones del país: la tinta rondo y la blanca Madeleine Angevine. Su tesis es clara: en Irlanda hay muy pocas variedades que puedan cultivarse con regularidad. Por eso rechaza las comparaciones simples con el Reino Unido. Asegura que Inglaterra trabaja en un terreno menos límite que Irlanda y que allí pueden cultivarse variedades clásicas, como pinot noir o chardonnay, que en Irlanda no ofrecen garantías. También advierte de que algunos productores están plantando precisamente esas uvas.

Además de mantener su explotación, Llewellyn intenta transmitir su experiencia a quienes empiezan. Sostiene que el vino irlandés puede salir bien si se eligen las variedades adecuadas, se planta en el lugar correcto y se cuenta con conocimiento técnico. Su mensaje no es de euforia, sino de método: el problema no es solo plantar vides, sino hacerlo con material vegetal adaptado al clima y al suelo.

Más al sur, en el condado de Waterford, David Dennison inició Viking Winery en 2009 con 30 cepas de rondo. Desde entonces ha ampliado la finca hasta las tres hectáreas y media y trabaja con 14 variedades para elaborar tintos, blancos y espumosos de tipo pét-nat. Todas son híbridos, es decir, variedades obtenidas al cruzar dos o más especies o líneas de vid.

Dennison apuesta por esos híbridos como base del futuro del vino irlandés. Defiende que ofrecen perfiles de sabor muy buenos y, además, una ventaja agronómica directa: la resistencia a enfermedades. Su bodega cuenta con certificación ecológica y, según explica, no necesita aplicar pulverizaciones porque estas variedades soportan mejor las condiciones del terreno y del clima. En un país húmedo, esa característica puede marcar la diferencia entre un viñedo viable y otro con muchas dificultades.

La escala de producción sigue siendo pequeña. Viking Winery suele elaborar entre 2.500 y 3.000 botellas al año, aunque Dennison calcula que puede llegar a 4.500 en esta campaña. Si todas sus vides entrasen ya en plena producción, estima que podría alcanzar unas 15.000 botellas. Ese salto muestra otra realidad del sector: muchas explotaciones irlandesas todavía están en fase de desarrollo y no han llegado a su rendimiento máximo.

Dennison mira menos a Inglaterra y más a Suecia y Dinamarca. Cree que esos países están siguiendo una trayectoria que Irlanda puede repetir. No se trata solo de temperatura, sino también de la elección de variedades y del tipo de modelo productivo. En esos mercados, las uvas híbridas y los proyectos de menor tamaño han ganado espacio a medida que el viñedo se ha ido asentando.

El tiempo sigue mandando. Dennison compara la vid con cualquier otro cultivo irlandés: todo depende en gran medida de la meteorología. En primavera, dice, la principal amenaza son las heladas. Para intentar salvar la cosecha temprana, sobre todo la de uvas blancas, su equipo recurre a quemadores y velas en las noches de más riesgo. Si el frío daña las primeras yemas, la pérdida de producción puede ser inmediata.

Junto al trabajo en campo, varios productores quieren ordenar el sector. Dennison está impulsando una asociación de elaboradores irlandeses que, según sus cálculos, podría reunir a algo menos de 30 miembros. La idea es agrupar a quienes producen vino en el país con unas normas compartidas. Ese movimiento llega en un momento delicado para la imagen del vino irlandés.

El pasado 16 de agosto se conoció el caso de una gran bodega del condado de Louth que había sido apartada por un distribuidor porque su etiquetado no reflejaba que parte de la elaboración incluía uvas francesas. Dennison sostiene que todos los

elaboradores podrán incorporarse a la futura asociación si respetan las reglas. La cuestión no es menor: en un sector tan pequeño, cualquier duda sobre el origen de la materia prima afecta a la confianza del consumidor y al valor del conjunto.

El climatólogo John Sweeney, profesor y especialista en cambio climático, considera lógico que ya existan viñedos en Irlanda y cree que su viabilidad aumentará a medida que suban las temperaturas del verano. Explica que la viticultura se beneficia de veranos relativamente secos y recuerda que los modelos apuntan a una Irlanda con estaciones estivales más secas que las actuales.

Sweeney precisa, no obstante, que esa expansión no será rápida. Los viñedos irlandeses operativos se concentran sobre todo en la costa este, en suelos de buen drenaje y con mayor presencia de arena. Ese tipo de terreno reduce parte de los problemas que genera el exceso de agua. Aun así, no prevé una extensión amplia hacia el oeste y el noroeste. Sí abre la puerta a algunas zonas de Irlanda del Norte, como el área de Dundrum, donde los suelos arenosos podrían ofrecer condiciones adecuadas.

La mejora térmica prevista para las próximas décadas no garantiza por sí sola un sector amplio. Los productores necesitan variedades adaptadas, inversión a largo plazo, mano de obra especializada y una identidad comercial clara. En Irlanda, además, la producción sigue siendo tan limitada que buena parte del público ni siquiera sabe que el país elabora vino.

Llewellyn insiste en que el porvenir del sector pasa por crecer con criterio y evitar una ola de vinos mediocres. A su entender, el vino irlandés solo será tomado en serio si la calidad acompaña. Su mayor preocupación es la aparición de lo que llama “falso vino irlandés”, productos presentados bajo esa etiqueta sin ajustarse de forma clara a lo que el consumidor espera del origen.

Dennison comparte la idea de que el principal problema ahora mismo no es el rechazo del mercado, sino la falta de volumen y de conocimiento. Asegura que mucha gente todavía no ha tenido contacto con estos vinos y que eso cambiará cuando el propio sector se organice mejor y ponga más botellas en circulación. Irlanda parte de una base muy pequeña, pero el país ya no es una rareza absoluta en el mapa del vino europeo.